

Son las cortinas, finas y desnudas
Aarradas a la cúpula del infierno
Atrapadas al sostén de las llamas
Visibles, invisibles a los ciegos
Telas nutridas de almas y corazas
Bailadas por vientos agitados
Agrietados por las bestias desfavorecidas
Anónimas bajo la suave tormenta

¡Cuánto dolor este amor prohibido!
¡Cuán afán de enterrarme en su capricho!

Y yo que lo sé, lloran a la obscena aventura
El río de sangre voltea las runas
Las mismas desquicias que el solsticio de verano
Semblanzas al manto de las pieles arrugadas
Cavernícola de las praderas olvidadas
Ráfaga del engendrado y acusado delirio
Bien saben que estas cicatrices morirán conmigo
Cementerio de las penurias castradas
Ellas confiaron en el menester de las vanidades
Hasta al último aliento, gimoteé su nombre

Diluvio de la tierra al cielo